

Pulsiones argentinas

Rogelio Demarchi comparte con *maíz* un anticipo de su extensa investigación sobre la obra de Osvaldo Soriano. Con ojo agudo, se sumerge en las novelas del autor y va tras las pistas de nuestra identidad nacional.

LA AMISTAD

[*Triste, solitario y final* (1973)]

La historia de la amistad *british* entre Stan Laurel y Oliver Hardy no es *La Historia*. La Historia es cómo vive la amistad un argentino que se llama Soriano y sueña con escribir una novela sobre su héroe: Stan Laurel. Viaja a Estados Unidos, y lo primero que hace es visitar la tumba de Stan. Primer dato, entonces: la amistad es multidimensional, une la realidad con el mundo del arte; liga a personas de distintas edades, culturas y estados civiles; y como depende de la memoria, es, siempre, homenaje.

Como un argentino solo no hace Historia, el detective Philip Marlowe. Si hay dos maneras de ser norteamericano, Marlowe no representa la tradicional. No cree en la vitalidad de su país; lo ve como una regalada mierda donde la gente no es feliz. No cree en el mito del emprendedor que se hace a sí mismo; se ha vuelto pesimista y no quiere trabajar porque, dice, no hay nada que defender y es probable que nunca lo hubiera.

Si hay una manera de ser argentino, Soriano lo es porque cuando un argentino conduce las cosas pasa más o menos esto: vamos a ver a un tipo con la intención de hablarle civilizadamente, pero cuando lo tenemos enfrente nos gana la barbarie, terminamos a los golpes y hasta podemos robar al entrevistado. Cuando la excepción confirma la regla, el resultado tiene la contundencia de un cross a la mandíbula de la Historia —porque no nos andamos con chiquitas—: *Miami es una ciudad repleta de cubanos por culpa de uno de ustedes*, dice Marlowe.

Los Ángeles, *circa* 1972-1973, remite a Buenos Aires porque sobre la ley del policial se sobreimprime la ley de la parodia. ¿Cómo se conectan el policial y el grotesco? Por la potencialidad subversiva que ambos tienen: copar la entrega de los Oscar para secuestrar a Charles Chaplin parece la contracara del secuestro de Pedro Eugenio Aramburu. La amistad argentina, entonces, es revolucionaria.

Cuando el dúo dinámico arrastra a Sir Chaplin por los sobacos, una patota armada hasta los dientes aparece de la nada para birlárselos. *Deus ex machina*, golpes, balacera y todos los condimentos. Y Chaplin en manos de los otros, por supuesto.

La amistad se pone a prueba en los tiempos difíciles. Cuando Marlowe percibe la ciclotimia de Soriano, se pregunta: ¿será posible investigar qué es y qué busca un argentino?

EL PERONISMO

[*No habrá más penas ni olvido* (1978)]

El comisario le dice a Ignacio *tenés infiltrados*. Infiltrar es penetrar, introducir lentamente un líquido a través de los poros de un cuerpo; figuradamente, infundir en el ánimo ideas o doctrinas. El infiltrado penetra al peronismo.

Perón fue claro en el 71: *tenemos el derecho inalienable de luchar para liberarnos de la sujeción colonialista; el que no está con nosotros en esta guerra revolucionaria, está con el enemigo*. El infiltrado es un burócrata que se disfraza de peronista para entregarnos, no quiere la Patria Peronista sino la Patria Oligárquica.

Perón fue claro en el 73: *somos lo que las veinte verdades peronistas dicen, los simuladores van por mal camino porque alteran la convivencia. El infiltrado es un comunista que se disfraza de peronista para entregarnos, no quiere la Patria Peronista sino la Patria Socialista*.

En Colonia Vela, el infiltrado es Mateo, la parodia que anula al peronismo como fuerza política: *yo siempre fui peronista... nunca me metí en política*, dice Mateo.

Ambiguo: equívoco; incierto, de doble sentido; que participa de dos naturalezas diferentes. ¿Qué es Perón y el peronismo? Todo y nada, simultáneamente o según las circunstancias.

Los burócratas dicen que hay infiltrados porque los muchachos de la Tendencia *arreglaron los bancos de la escuela y limpiaron la sala de primeros auxilios*. Si esa es la máxima evidencia de una inocultable praxis marxista que, por lo tanto, debe ser combatida —por extraña, por antipatria, por terrorista—, estamos en problemas.

A la hora de la batalla, las armas del aparato contra el romanticismo de la resistencia. En Colonia Vela, David pelea contra Goliath pero la picardía no alcanza para ganarle al gigante.

Con todo, Perón es solución, desenlace y explicación, y la música nacional por excelencia —el tango— es instrumento para otorgarle la posesión del lugar geográfico desde el cual se articula el país: *Mi Buenos Aires querido es, aquí y ahora, Mi Perón querido... Porque bajo su amparo no hay desengaño, vuelan los años, se olvida el dolor*; porque



asegura la sonrisa de una *muchacha en flor que tiene ojos que acarician al mirar; porque de sólo oírlo dentro del pecho pide rienda al corazón*; porque con sólo verlo *no habrá más penas ni olvido...*

Advertencia: recordar que la ironía niega lo que afirma.

LOS MILICOS

[*Cuarteles de invierno* (1980)]

Colonia Vela, 1977, milicada: detenciones callejeras, pedido de documentos, requisas, soldados con FAL, jeep armado patrullando las calles. No siempre es retorcido el lenguaje de la milicada: lista negra se dice *exonerado de los medios*; corrupción se dice *delito económico*; *extremista* se dice *extremista*. Así debe ser. El *extremista* siempre encuentra la manera de infiltrarse si cuenta con la asistencia de un compañero. Un *extremista* más un compañero igual una célula. Por eso los milicos se hacen los oncólogos: el extre-

mismo es un cáncer que hay que extirpar del cuerpo social.

No hay nada peor que estar huyendo y presenciando un retazo del futuro posándose sobre el cuerpo de un adolescente que es arrastrado por la patota. No hay nada peor que estar huyendo y descubrir que el futuro ya empezó, y hace rato: ahí están los restos de esa avioneta llamada Torito; ahí están las cruces de los muertos. *La sangre derramada...*

Galván no puede cantar. ¿Por qué? Ha sido exonerado, pero no hay pruebas de que haya participado de un delito económico. Clarito como el agua.

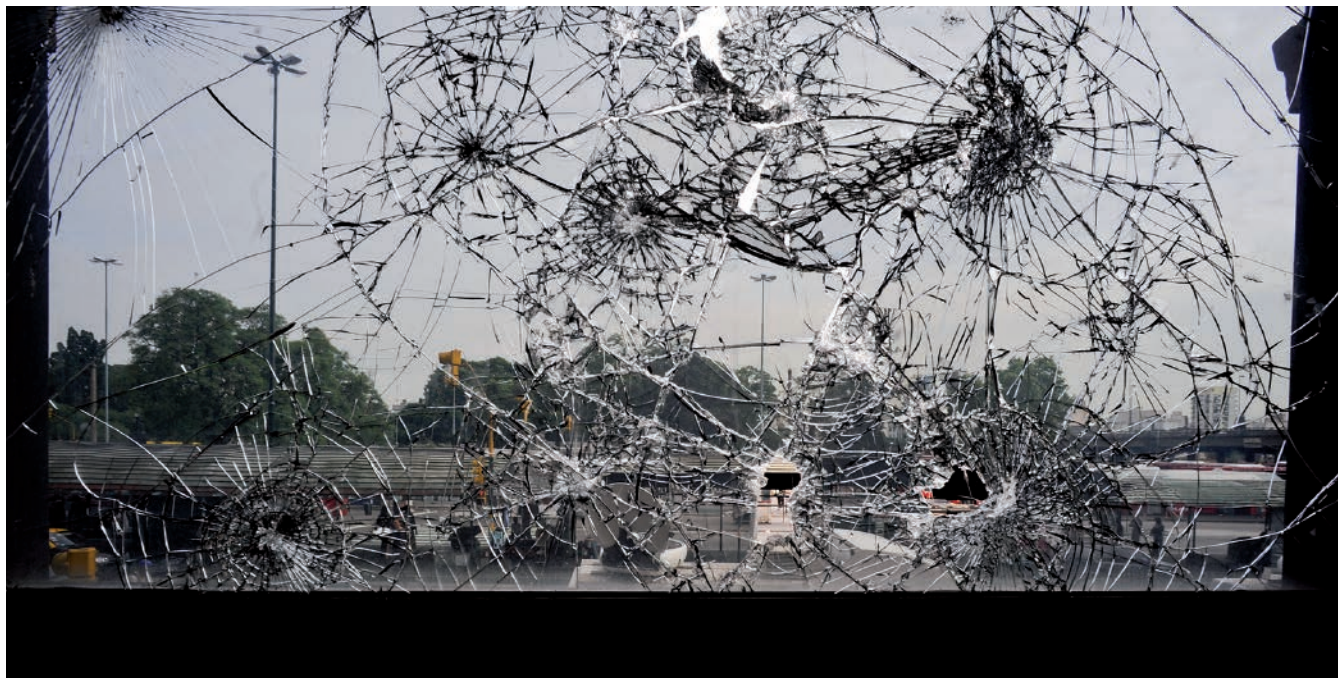
Armar un plan es tener una esperanza. Para Galván, el plan es contar con la protección de Rocha, que Rocha le gane a Sepúlveda, que con Sepúlveda pierdan los militares. Para Rocha, la cosa no es ideológica: el box es la excusa perfecta para que Martita conozca el sexo y él, el amor.

El amor, desde su mítica ceguera, redime.

El deseo no pretende tanto e inviste a cualquiera. La Bestia Rocha, por supuesto, ni siquiera sabe las diferencias entre el amor y el deseo: aún desnudo tras el primer encuentro con Martita, sólo piensa en pedirla en matrimonio.

Sentimental, espontánea, inocente, con el corazón siempre abierto a la confianza; capaz de una explosión súbita que como llega se va, sin dejar huellas ni resentimientos. Así se describe a sí misma la Argentina cada vez que se lo piden. Y así es Rocha.

Argentina sólo intelectualiza las derrotas. Y siempre se dice que hubo un momento en que la victoria estuvo ahí, *al alcance de la mano*, pero no se supo *aprovechar la oportunidad*. Lo que es trampolín para un nuevo intento y una nueva derrota y una nueva intelectualización donde admiramos un coraje que nunca cesa pero que nunca alcanza. ¿El gentilicio del fracaso es *argentino*?



LA REVOLUCIÓN

[*A sus plantas rendido un león* (1986)]

El mapa no es el territorio. Bongwusti lo sabe a la perfección: los cartógrafos siempre se olvidan de dibujar sus contornos africanos. ¿Será por eso que la cancillería olvidó el consulado que tenemos allí?

Nuestro cónsul se fugó y un triste empleado de la Oficina de Turismo, Bertoldi, le hace creer a todo el mundo que ha sido designado en su lugar. Somos lo que aparentamos... Es el primer viernes de abril de 1982. Bertoldi quiere amor, no guerra. Y no sabe que Mister Burnett sabe que hemos recuperado nuestras Malvinas... Bueno, perdón, invadido sus Falkland; las islas también tienen su ser y su apariencia.

Plano y contraplano, grotesca parodia de la realidad: Mister Burnett decreta una zona de exclusión alrededor de su británica embajada y Bertoldi corre por los jardines prohibidos para clavar una estaca con la bandera argentina. (Parodia, también, de la famosa foto de los yanquis clavando su bandera al derrostar a los japoneses.)

Argentina, versión africana: si en *El beso de la mujer araña* (Manuel Puig) Molina le contaba películas melodramáticas al revolucionario Valentín para evadirse de la realidad carcelaria, a Quomo, en los bellos jardines de Luxemburgo, una ugandesa le ha contado Marx completo, libro por libro, para convertirlo en un revolucionario; y si saber que *hay un fusilado que vive* lo llevó a Rodolfo Walsh a escribir *Operación masacre*, Quomo es otro fusilado que vive pero Lauri tiene más suerte porque en vez de escribir un libro es parte de una revolución.

Si las pruebas del héroe son los obstáculos en los que se afirman sus competencias, el héroe es Lauri (no Bertoldi): cuando la revolución troscoanarquista se apodera de la embajada británica, cumple su *destino guevariano*: argentino revolucionario participante de guerra ajena y vencedora. Y se encuentra por única vez con Bertoldi. Hay abrazos, cambio de información, consignas patrióticas, confesiones y consejos. Bertoldi cree que puede ser una mentira de Quomo que los argentinos nos hayamos rendido en Malvinas. Y prefiere huir con una valija repleta de billetes que no son suyos. Cónsul que huye sirve para otra embajada. Para qué perder el tiempo quedándose a ver si esta revolución es africana o se hace.

LA DECADENCIA

[*Una sombra ya pronto serás* (1990)]

Las huellas de la decadencia argentina se amontonan como la basura: los desechos también definen una identidad.

Al supermercado saqueado, ahora lo defienden unos uniformados y una barricada. Ya no hay trenes. Nadie sabe cuánta vida le queda al pueblo. No hay luz: suministro interrumpido por crisis energética. Las viviendas han perdido su galanura. Las plazas, pequeños monumentos a la memoria, reflejan la grandeza del pasado y las fallidas aventuras recientes: una estatua para San Martín y una placa para los caídos en Malvinas. Los pobres se multiplican con suma rapidez y hacen una cola interminable frente a la parroquia donde un cura sirve sopa.

En ese eterno deambular, el acabóse es el viajero comprando ropa: en la Argentina de

la hiperinflación, compre ahora pero pague cuando sepamos cuánto puede llegar a valer.

Todo viajero tiene un pasado... Digamos que tuvo que irse por problemas políticos. Digamos que le agarró el berretín de volver creyendo que algo había cambiado. Problemas porque me voy, problemas porque estoy lejos, problemas porque vuelvo. El viajero, entonces, está *cansado de llevarse puesto*.

¿Qué cosas pueden representar a un Estado? No pensemos en la moneda porque ya sabemos que hiperinflación mediante no vale nada... Ley, policía, ambulancias y hospitales, escuelas, señales en las rutas... Bueno, aquí no hay nada de eso. Apenas alguna comisaría que nostálgicamente conserva en la puerta el falcon que les dio la dictadura como para simular que nada ha cambiado. La gente ya no guarda sus ahorros en los bancos, ni siquiera en los míticos colchones: prefiere enterrarlos por ahí, por ejemplo, en las cercanías de las ahora abandonadas estaciones del tren.

Si en medio de tanta decadencia el viajero y Coluccini juegan a las cartas, ¿qué pueden apostar? Lo único valioso que tienen: sus recuerdos.

Siempre hay horizonte, más allá, algo que llama. Pero no hay guía, mapa, señal de avance, concreción. Hay retroceso, vuelta atrás. Cuando uno es el extraviado, puede pensar que el problema es de uno. Cuando el extravío es colectivo, cómo encontrar una respuesta... Este viaje es el eterno errar por las salas de un descuajeringado e irreverente Museo de la Patria donde el verso que da título a la novela parece la primera pieza de la colección.



LA CONSPIRACIÓN

[*El ojo de la patria* (1992)]

¿Qué hace, en el medio de Europa, un hato de espías pasándose mensajes y sintiendo que arriesgan la vida por algo tan esencial pero mutable como *la Patria*? La pregunta pierde toda solemnidad si en su centro hay un espía argentino a quien su jefe le ha pronosticado que será *el ojo de la patria en las puertas del infierno*.

El argentino cree que la caída del comunismo es una burda mentira para agarrar al mundo libre con la guardia baja. Los argentinos, aunque no seamos espías, somos adictos a la teoría conspirativa. Los argentinos, cuando son espías, se valen de esa adicción para inventar cualquier cosa que justifique el sueldo que cobran.

Un espía ruso que no puede salir a la calle por una mezcla de pánico a la muerte violenta y agorafobia será el armador de la Operación *El Milagro Argentino*, el *lifting* cibernético a un Padre de la Patria, la versión nacionalista y posmoderna de Frankenstein.

Pero si el que sigue a nuestro espía también es de los nuestros, estamos en el problema de siempre: no estamos todos del mismo lado. Y al menos uno de esos lados cree que todo se soluciona con un poco de plata. ¿Cómo saber cuál es el lado correcto?

El mundo de hoy está perdido. Nadie puede probar nada. Si todo puede ser cierto, cómo identificar la mentira. Definitivamente: no importa lo que somos, sino lo que aparentamos. Es más importante el muerto aparente que el vivo fugitivo, las máscaras que los rostros, el simulacro que la realidad; por todo ello, lo más importante no es venderse al

mejor postor sino ser el mejor impostor para subir los precios.

Si el pasado se puede inventar y el futuro es cualquier cosa que se pueda comprar, ¿qué es el presente? Una ilusión que nos hace olvidar nuestra eterna decadencia, la cadena de traiciones que nos ata al fracaso, el equívoco que nos lleva a pensar que somos lo que nunca hemos tenido.

Somos sentimentales porque tenemos nostalgias de un tiempo y una pureza que no hemos conocido, pero que hemos sabido inventar. El cuerpo siempre vivo del Prócer funciona como un tótem que nos ayuda a creer que puede haber sido posible la cercanía con el Absoluto. *El Milagro Argentino*, entonces, no es más que la promesa cocida en las cenizas de un sueño necrofílico que nos hace erotizar un cadáver endiabladamente mágico y perfecto.

EL ORIGEN

[*La hora sin sombra* (1995)]

Si uno fuera Edipo, entre otras pequeñeces, encontrar el origen significaría un filicidio frustrado, una identidad fraguada, un parricidio exitoso, un incesto irrefragable por continuado. La lectura de la ecuación es complicada. Si uno se larga a perseguir las huellas de un padre, ¿es más lo que se puede perder o lo que hay para ganar?

El mitológico hijo puesto como ejemplo no es grandilocuencia sino paradigma de lo que uno quiere argentinamente que no le pase: cuando uno sale a reconstruir su pasado en base a palabras ajenas, todo lo que puede encontrar es celos, maledicencia, decrepitud, una pizca de ridiculidad y hasta ladrones o es-

tafadores revestidos con el manto apolillado del romanticismo. Si el testigo tiene razón, mamá quedó preñada por equivocación. Si el testigo tiene razón, uno es un error de cálculo. Con esa hipótesis como hoja de ruta, ¿qué sentido cobra la búsqueda y qué significa el optimismo?

Está bien, la vida puede ser un error o una enfermedad de transmisión sexual. De modo que, insistamos: para el que desee saber sobre su origen, el futuro más probable es la tristeza.

Cuando uno va en busca de su historia personal y se tropieza, empecinadamente, con la historia nacional, está a punto de descubrir que la novela familiar no es nada original: todos están igual de jodidos, abandonados y confundidos en esta dulce tierra. Uno sale disparado por las rutas a buscar un padre moribundo y se encuentra con un veterano de Malvinas que necesita vender sus identificaciones militares para sobrevivir. Uno ansía encontrar retazos de una madre extraviada en los vericuetos de la pasión y se da de narices con los Montoneros y la Triple A, o con el cadáver de un primo asesinado por el ERP por *torturador y asesino*.

Puede sonar mal, pero es así: en el origen está el origen, como en el principio estuvo el verbo haciéndose carne y escritura al mismo tiempo. Por eso el hijo es escritor. Novelas, soledad, excesos, demasiada candidez para tapar una negrura tan pequeña. El todo es más que la suma de los dolores. Una excusa que nos extravía, una coartada que nos castiga, una estupidez a la que disfrazamos de coartada. El que escribe con la muerte puede entender la gramática de su melancolía.